

MIS NOCHES CON THAO

Jorge Torres



MIS NOCHES CON THAO

Jorge Daniel Torres

Capítulo 1

Mis noches con Thao

“Escribo estas líneas con la esperanza de encontrar a Thao, en un plano de conciencia que me permita llegar a conocerla en profundidad. Como si la gente llegase a conocerse en profundidad a pesar de estar viviendo estrechamente ligados.” Jorge D. Torres

Todo comienza sobre un puente, un ancho viaducto de aproximadamente seis carriles y digo aproximadamente pues nunca me detuve en el mismo a contarlos. Algo en mi interior me indica que debo recorrerlo sin detenerme, sin prisa pero sin pausa, por citar el dicho.

El mismo es utilizado por transeúntes que se dirigen en mi misma dirección y también en sentido contrario, en cantidades considerables aunque tampoco me detuve a contarlos, ni traté de interactuar con ellos, pues su andar también es diligencioso. Los carriles estaban bien delimitados por un barandal de acero, pintado de blanco y me atrevo a decir acero por lo frío que se sentía al tocarlo, pero bien podrían ser de aluminio u otro metal cualquiera, es algo que nunca llegare a saber con certeza. Entre carril y carril, entre baranda y baranda, la nada misma, una pavorosa nada, que me genera vértigo aún ahora que la estoy recordando y tratando de describirla, una nada atiborrada de bruma, que ocultaba sus entrañas como un espeso velo blanco que subía hasta comenzar a abrumar mis rodillas.

En los carriles donde las personas no se encolumnaban en esa extraña peregrinación, circulaban pavorosos bólidos, bestiales mamotretos oscuros e inmensos a velocidades considerables, que no me permitían ni aventurar siquiera formas ni procedencias. No eran automóviles, ni camiones, ni micros, sé muy bien que no lo eran pues trasmitían una espiritualidad propia. Algo en ellos indicaba que era casi una obligatoriedad el temerles, aunque nadie confería gritos, ni exclamaba alarmas, ni siquiera eran objeto de una fugaz mirada desde los ojos casi fijos de los caminantes que solo miraban obsesionadamente su derrotero.

Obviamente es de día por ello puedo transmitir la impronta del paisaje en detalladas texturas y colores. Los bólidos continúan pasando raudos por sus carriles y si bien su velocidad era notoria, no dejaban estela de viento alguna a su paso, ni emitían sonido alguno. Quisiera, al terminar el texto, si alguien pudiera explicarme: ¿Donde estoy? ¿Porque incomprensibles senderos vago por las noches?

Mi carril se bifurca separándose del resto y desemboca en una calle solitaria que se va internando apaciblemente en diagonal para terminar fundiéndose en una avenida de aspecto mucho más terrenal y mundano. Al final de la diagonal hay una plaza triangular con tres pequeños pero frondosos plátanos, por su follaje no me caben dudas que debo estar en los comienzos de la primavera, la luz del paisaje delata fehacientemente al primaveral paseo.

Y después la avenida por donde apuro mis pasos hasta casi sentir que mi corazón se acelera, estoy cerca ya puedo ver el comercio, sus vidrieras inmensas y sus viejas persianas a medio terminar de subir, son una imagen muy vívida en mi recuerdo, aunque nunca me terminé de percatar sobre la naturaleza de dicho comercio ni que se manufacturaba o vendía en el mismo pues mi premura me llevaba hacia una puerta lateral de aspecto herrumbroso, que desembocaba en una prolongada escalera ascendente que me conducía a la habitación donde me encontraría con Thao.

La luz de un pronunciado color azul proveniente de la habitación de Thao, inundaba el descanso superior de la escalera a través de su puerta entreabierta. La habitación era sencilla y pequeña con un estrecho balcón que daba a la calle e iluminaba el ambiente, totalmente pintado de azul intenso que contrastaba con las blancas sábanas de una cama sencilla donde me esperaba echada Thao que intentaba cubrir su desnudez con dos inmensas almohadas, aparte de un sencillo aparador y una rústica mesa no me percaté de más mobiliario ni detalles pues la presencia de Thao todo lo absorbía obnubilándome por completo.

Thao es y digo es porque la percibo tan vívidamente que no puede ser otra cosa que ser, no la consiento en otros verbos ni en otros tiempos aunque aparentemente no pertenezca a mis tiempos. Como decía Thao es una mujer delgada de edad media, extremadamente alta, casi tan alta como callada. De piel morena, de la cual se percibe un nítido aroma mezcla de opio y canela. Si me preguntan a qué sabe el aroma a opio, desde este lado del puente no podría respondértelo, pero del otro lado del tiempo sé muy bien que Thao huele a opio y canela, no me pregunten porqué, pues no lo sé. Su corta cabellera azabache enmarca su delicado rostro con un tupido flequillo, su aspecto en general me señala que estoy ante la mágica amalgama que se genera cuando se combinan en perfecta armonía genéticas orientales, tales como bien pueden ser la China y la Malaya.

La mayoría de nuestros encuentros se producen dentro de su habitación azul, iluminada por el estrecho balcón que marca el exacto instante en que debo abandonarla, ya que sé muy bien que cuando comienza el cristal a transmitirme los colores rojizos del ocaso, debo salir presuroso a buscar el puente que se encuentra a pocas cuadras del sitio. Lamento tener que hacerlo, aunque nunca me detuve a pensar en dejar que el ocaso me

atrape en ese cuarto convirtiéndome quizás en noche. Es una especie de presentimiento, el que me ordena el partir ante la mirada entristecida de Thao que sola una vez se animó a pedirme que me quede, en un tono de voz grave de tinte andrógino, una voz especial que me retumba aun en los oídos.

Hace meses ya que frecuento ese sitio y si bien me acuesto esperanzado por verla, la aventura no deja de atemorizarme por lo extraña y vívida que se muestra. Una sola tarde me llevó fuera de su habitación para conocer lo que me dijo que era su barrio, recuerdo que era una mañana hermosa, podía sentir correr a mi alrededor una brisa fresca que inundaba el taxi que ella había ordenado, para que nos recogiera y nos trasladara donde ella le había ordenado. El lugar fue pronunciado en su misma voz grave como "Donde siempre", lo cual me dejó la certeza de que era habitualmente conducida por ese chofer hacia ese sitio, pero no me he animado todavía a preguntarle donde queda exactamente "Donde siempre", ni donde se sitúa su habitación azul, por las facciones del chofer y de ella misma, creo creer que debo estar en algún lugar de Asia, al otro lado del mundo donde debería materialmente estar.

El taxi aminoró la velocidad y una Thao radiante abría la ventanilla del mismo para señalarme con gran expresividad pero en silencio las casas del vecindario. En realidad eran construcciones hermosas, repletas de molduras, estatuas y aberturas que se disponían una al lado de la otra conformando de esa manera las largas cuadras colmadas de extravagantes construcciones de estilo oriental, de un refinado estilo Birmano, supongo que me situaba en algún pueblo de ese antiguo país aunque no podría asegurarlo.

Si bien la arquitectura de la ciudad resaltaba por su exquisita y refinada belleza, no se notaba la presencia de gente habitándola lo que la dotaba de características fantasmagóricas, los edificios más que viviendas parecían ser antiguas bóvedas, en medio de mis tribulaciones noté que el humor de Thao había cambiado, se había entristecido repentinamente ordenándole al chofer volver a su habitación, dando por terminado el paseo.

Ya en la habitación todo era como siempre las palabras le cedían su lugar a los hechos, seductoramente Thao sabía conducirme por su cuerpo hasta hacerme acabar dos o tres veces en esos encuentros, a continuación la luz del ocaso que trasmitía su color al ambiente y mi rauda retirada hacia el puente sin mayores despedidas que pudieran caber en el triste rostro de Thao.

Después lo habitual correr hasta aproximadamente la mitad del puente para despertar agitado y sudoroso. Extenuado de placeres y premuras. Desesperado por llegar a horario a la mitad del puente, aterrado por la extraña experiencia vivida. Amanecer avergonzado buscando poluciones

nocturnas en las sábanas, que jamás he hallado y sorprendido al ver en mis pelos adheridas las pelusas pegajosas que desprenden de sus frutos los plátanos, árbol de gran porte de aspecto frondoso del cual mi pueblo carece pero que enmarcan las calles que suelo recorrer cuando traspongo el puente.